

LA GRAN INJUSTICIA

Soy una mujer de mediana edad, casada y con hijos que, como tantas otras, necesita un trabajo para que su familia pueda subsistir. Años atrás empecé a trabajar en una empresa de preparación de empanadas como operaria, y no se me debía dar nada mal porque con el tiempo me promocionaron a la categoría de técnico no cualificado. Sin entrar en detalles, todo parecía ir razonablemente bien.

Pero las cosas se volvieron un infierno para mí cuando de un día para otro cambiaron de gerente y encargada, entonces todo dio un giro de 360° en mi trabajo y mi vida.

Un día el gerente me llamó a su oficina y para mi sorpresa me puso delante una hoja en la que escribió, o más bien diría que garabateó algo y me dijo: **“firma esto, pasas al nivel de operaria”**, retirándome así de un puesto de mas categoría que me había ganado antes de que esta persona se convirtiese en el gerente. Cuando le pedí una explicación del cambio solo me dijo **“que no me iba a pasar nada y que el sueldo seria el mismo”**.

Naturalmente me negué a firmarlo y él empezó a gritarme como un energúmeno. Nerviosa como me puse no entendía ni una palabra de lo que me decía a gritos. Desde ese momento empezó mi calvario en la empresa. Este nuevo gerente me amenazó, me dijo que no viviría tranquila, y me prohibió dirigirme a él bajo ninguna circunstancia. Al día siguiente la supervisora me dijo que esperara en el comedor. Ese día no me dejaron incorporarme a mi puesto de trabajo hasta que al gerente le pareció oportuno. Me volvió a llamar a su oficina y me puso el mismo papel delante, lo único que me dijo en tono imperativo fue: **¡fírmalo!** Me mantuve en mis trece y me negué a lo que consideraba un ultraje ya que si firmaba ese documento me retirarían de un puesto de mayor categoría a otro de menor, deteriorando así mi imagen en la empresa en la que había llegado a obtener una buena consideración gracias a mi trabajo y esfuerzo. Al ver que yo no me doblegaba volvió a gritarme e incluso a amenazarme, y mi situación empeoró. El gerente y la encargada dejaron de dirigirme la palabra. La supervisora parecía disfrutar con la situación y yo empecé a sentirme mal, aislada y sin la debida comunicación que debería haber tenido con mis responsables directos. Notaba que mis

fuerzas se iban mermando día a día y finalmente caí en una depresión. El médico me dio una baja por “**síndrome ansioso-depresivo, reactivo a conflictividad laboral**”. Fue una larga baja durante la que tuve que tratarme con ansiolíticos y antidepresivos siendo atendida en todo momento por un psiquiatra y un psicólogo.

Durante el transcurso de la baja la empresa despidió a un compañero que llevaba 15 años trabajando allí. La supervisora fue la principal hostigadora y ejecutora de ese despido, provocando al pobre muchacho siempre que podía. Cuando el despido se hizo efectivo la hermana de este chico me llamó pidiéndome que testificase a su favor, ya que el despido había sido sin indemnización y sin justificación alguna. Acepté gustosamente por ética y moral, pensando que a mi me gustaría que me ayudasen de la misma manera. No pensé que ello llevaría a que me pusieran una soga al cuello, y a que la encargada y el gerente me tuviesen preparado un recibimiento deleznable en mi reincorporación.

Cuando me reincorporé tuve que presentarme ante el encargado en su oficina, como ya preveía todo fueron gritos, amenazas y presiones, y entre otras lindezas afirmó: “**te vas a ir de aquí sin cobrar ni un euro**”.

Me envió a trabajar a los baños colectivos limpiando las rendijas de los azulejos una a una con un cuchillo, y me puso una persona para vigilarme que, para colmo, era la delegada sindical. Siempre la tenía pegada a mi espalda, incluso si iba al baño a hacer mis necesidades o en mi momento de descanso. Al día siguiente me envió de nuevo a los baños, tenía completamente prohibido salir sin permiso, estaba en todo momento controlada y vigilada por la misma persona. La veía como mi “carcelera” y yo pensaba en mi misma como una prisionera en un campo de concentración. Al mismo tiempo el gerente aprovechó para hablar con todos y cada uno de mis compañeros prohibiéndoles dirigirme la palabra, ni hola ni adiós, ¡**NADA!**, aislándome de todo y de todos, y así estuve trabajando durante un tiempo, completamente marginada y sin poder hablar con nadie.

Sufrí terribles ataques de ansiedad en el trabajo, durante los cuales me caía seminconsciente en el suelo. El gerente prohibió a mis compañeros que me tocaran y ayudaran durante esas crisis de ansiedad, les ordenó dejarme tirada en el suelo cuando sufría estos tremendos ataques que estaban mermando mi salud. Estando

tirada en el suelo mi “carcelera” me vigilaba de cerca sin prestarme la más mínima ayuda. Uno de esos días me prepararon una sorpresa. Cuando pedí ir al baño, no al baño donde me tenían “enjaulada” sino a otro en otra nave, las supervisoras me contestaron: **“no puedes, espera los cinco minutos que quedan para el descanso”**, y mientras se ponían delante de la puerta para que no pudiese entrar. No me quedó más remedio que volver a mi encierro. Al rato me llaman y me dicen que ya puedo ir al baño. Cuando entré vi que el suelo estaba lleno de papeles, y me encontré con dos compañeras asombradas. Quise coger uno para ver lo que era y una de ellas me dijo: **“no, no los cojas a ver si va a ser algo malo”**. Para mi sorpresa una empezó a leer uno de esos folios, y los reconocí porque eran los poemas que yo había escrito en mi blog. El como se enteraron de su existencia no lo sé, tal vez alguna compañera informó de ello. Pedí explicaciones y me acusaron de haberlos puesto allí yo misma. Me agobié tanto que tuve otra crisis de ansiedad. Había comenzado a llevar una grabadora al trabajo por miedo a que me prepararan alguna trampa peor, de esa manera me sentía más protegida. Mi situación se volvió cada día más difícil e insoportable. Mis compañeros cuchicheaban a mis espaldas, me miraban de arriba abajo, pero cuando pasaban delante de mí bajaban la cabeza, cosa que yo nunca hice. Me quitaron del baño y me mandaron a la cocina para ayudar a la cocinera, siempre con mi “carcelera” pegada a mi espalda. En la cocina estábamos la cocinera, mi “carcelera” y yo. Me tendieron una trampa más. La “carcelera”, a la vez que delegada sindical, puso la tapa de un bote entre los pimientos, para cuando la encontraran me acusaran a mi, tal y como hicieron. Me impusieron una sanción y me enviaron a una especie de consejo.

Me parecía estar viviendo una película macabra en la que a mi como protagonista me hacían un “consejo de guerra”. En esta suerte de consejo me pasaron la sanción para que la firmara. Me negué a ello porque todo lo que decía eran mentiras y patrañas. En esa mesa estaban el gerente, un jefe de mayor nivel, la encargada, mi “carcelera” y delegada, la otra delegada, y la cocinera. Me defendí, no me callé, y le dije a las delegadas que como se podían prestar a esta vergüenza y más cuando las delegadas sindicales deben proteger a los trabajadores y no prestarse a los sucios juegos de los acosadores.

Callaron, supongo que se dieron cuenta de que estaba grabando todo aquello, que fue terrorífico para mí. Anteriormente

había tenido una crisis de ansiedad en la empresa, durante la que no sé cuanto tiempo estuve tirada en el suelo semiinconsciente. No podía moverme y cuando llego la hora de irse, entre mi “carcelera” y la cocinera me cambiaron la ropa, me subieron al autobús de la empresa y me ataron al asiento porque no me tenía en pié. Mientras yo iba en el bus mi hijo se había presentado en la empresa para recogerme, con tan mala suerte que fue solo, y el gerente aprovechó la ocasión para denunciarlo por intento de agresión. Me hizo daño donde más me dolía, mi familia, así que un día el gerente me mandó a la guardia civil a la empresa para declarar por esa denuncia.

Me llamaron, pensé que sería, como tantas otras veces había sido, para someterme a los gritos sin sentido del gerente. Sin embargo me plantaron delante a la guardia civil, a la que le puse bajo antecedentes de lo que me estaba pasando y lo que me hacían en la empresa, pero no sirvió de nada. Tampoco sirvieron para nada mis peticiones de ayuda a la Inspección de Trabajo, porque se presentaban, hablaban en la oficina del gerente con los trabajadores que el mismo gerente designaba, trabajadores coaccionados de antemano. La Inspección de Trabajo nunca hizo nada por solventar mi problema. Cuando los inspectores de trabajo se iban yo recibía más castigos por parte de mis acosadores. Una de esas veces me llamaron de nuevo a la oficina: era el inspector de trabajo para decirme que ya había estado allí para investigar el problema. Le dije: **¿Cómo se atreve a dar mi nombre cuando pedí en la denuncia que no se me mencionara? Le dije que lo que conseguía actuando de esa manera era que me hicieran la vida aún mas imposible. Le supliqué que me ayudara y que hablara con compañeros que no hubiesen sido escogidos por el gerente.** De nada sirvieron mis suplicas.

Otro día de terror llegué al trabajo y el gerente no me dejó incorporarme afirmando que había llegado tarde. En ese preciso instante sonó el timbre de aviso para incorporarse. Trabajadora responsable como siempre he sido jamás llegué tarde a mi puesto de trabajo y menos ese día. Así las cosas me dejó un buen rato sola en la sala del comedor para mandarme de nuevo a la cocina cuando lo tuvo a bien. Allí me esperaba otra desagradable sorpresa. Me mandaron descongelar unas zamburiñas bajo agua fría. Cualquiera sabe que no se deben descongelar de esa manera, pero la delegada, “mi carcelera”, la cocinera y la supervisora empezaron a presionarme. **¡Dale a las manos! ¿No ves que no estás**

**haciendo nada? ¡Si te duelen las manos a nosotras también!
¿Si no quieres trabajar qué haces aquí?**

Llegó un punto en que la presión se volvió insostenible y tuve tal crisis que cuando escuché la grabación no me podía creer que hubiera gritado tanto. Me derrumbé, estuve tirada en el suelo más de una hora, me desvanecí y volví a escuchar voces, pero nadie me ayudó y me dejaron en el suelo. Parece que se asustaron por el estado en que estaba y llamaron a una ambulancia que me llevó al Servicio de Urgencias del Hospital. La doctora que me atendió solicitó la baja médica de inmediato, comprendiendo que no podía seguir así, viviendo una situación tan extrema de acoso en mi medio laboral.

A los dos días de estar de baja intentando recuperarme, me llegó un burofax con el despido, en el cual me acusaban de haber agredido a la cocinera, a mi “carcelera”, a la supervisora y a la encargada. **¡INCREIBLE, YO SOLITA PUDE CON TODAS!
¡Caramba, debo ser la hermana gemela del increíble Hulk!**

También me tacharon de loca, dijeron que mis compañeros me tenían miedo, que hice perder una producción entera. Un sin fin de mentiras....

Perdí un juicio, perdí otro, y para sumar un dolor mayor a todo lo que me hicieron ahora me veo obligada a pagar a la supervisora dos mil euros por haberla “agredido”. **¡Debo de pagar por algo que no hice!** Hay quien dice que “las mentiras tienen las patas cortas”, pero ésta las tiene muy largas, con el poder de una empresa muy respaldada, No conseguí justicia. Fui una simple trabajadora que se defendió y luchó sola ante el peligro contra una gran empresa.

Solo me queda dar las gracias a la asociación Agacamt que me ayudó a levantarme, que me asesoró y gracias a la que ahora puedo pagar una indemnización injusta a mis acosadores cuando yo fui la acosada y cuando fueron mis acosadores los que hicieron que mi salud y mi estima personal se deteriorasen.

¡Luché, me defendí y perdí!